

ENZO BIANCHI

**PALABRAS  
DE LA VIDA INTERIOR**

EDICIONES SÍGUEME  
SALAMANCA  
2006

Cubierta diseñada por Christian Hugo Martín

Tradujo la edición castellana Fausto Jiménez Rodrigo  
sobre el original italiano *Lessico della vita interiore. Le parole della spiritualità*

© Qiqajon, Bose 1999

© Ediciones Sígueme S.A.U., 2006

C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España

Tlf.: (34) 923 218 203 - Fax: (34) 923 270 563

e-mail: ediciones@sigueme.es

www.sigueme.es

ISBN: 84-301-1613-3

Depósito legal: S. 555-2006

Impreso en España / Unión Europea

Imprime: Gráficas Varona S.A.

Polígono El Montalvo, Salamanca 2006

A Andrés Louf

El *abba* Antonio dijo: «Llegará un día en que los hombres se volverán locos, y cuando vean a uno que no está loco, se lo reprocharán diciendo: ‘¡Tú estás loco!’ , porque no se les parece».

## CONTENIDO

<i>Prólogo</i> .....	11
<i>Introducción: Itinerarios</i> .....	13
Vida espiritual .....	17
Ascesis .....	21
Santidad y belleza .....	25
Sentidos y espíritu .....	29
Vigilancia .....	33
Lucha espiritual .....	37
Idolatría .....	45
Acedia .....	51
Desierto .....	55
Espera del Señor .....	59
Búsqueda de Dios .....	63
Paciencia .....	67
Fidelidad en el tiempo .....	71
Conversión .....	77
Atención .....	81
Escucha .....	85
Meditación .....	89
Memoria de Dios .....	93
Memoria .....	97
La oración, un camino .....	101

Lectio divina .....	105
Contemplación .....	111
La palabra de la cruz .....	115
La oración, una relación .....	119
Primero la escucha .....	123
Oración e imagen de Dios .....	127
Oración de intercesión .....	131
Orar en la historia .....	135
Oración de petición .....	139
Oración de alabanza .....	143
Oración de acción de gracias .....	147
Silencio .....	151
Castidad .....	157
Obediencia .....	161
Pobreza .....	165
Ayuno .....	169
Esperanza .....	173
Perdón .....	177
Amor al enemigo .....	181
Humildad .....	185
Conocimiento de sí .....	189
Soledad .....	193
Comunicación .....	197
Comunión .....	201
Enfermedad .....	205
Vejez .....	209
Muerte y fe .....	213
<i>Epílogo: Alegría</i> .....	217
<i>Índice alfabético de temas</i> .....	221

## PRÓLOGO

Han pasado algunos años desde que decidí reunir en un volumen diversas reflexiones en torno a «palabras» capaces de trazar un recorrido sobre los elementos constitutivos de la «vida interior», de sondear esa dimensión que toda persona guarda en su intimidad y que sin embargo en ocasiones olvida, sobre todo en esta época en que parece dominar la apariencia, la exterioridad, la imagen.

Las páginas que surgieron en su día, para mi agradable sorpresa y superando cualquier expectativa, han sobrepasado los ámbitos a los que inicialmente estaban destinadas. Fueron traducidas a varias lenguas, suscitando el interés y gozando de favor entre lectores de mundos culturales muy diversos. Lo cual confirma que la interioridad es un elemento humano que desborda el universo religioso y de pensamiento que la define y la plasma para cada persona en particular.

De hecho, son páginas que se alimentan de la tradición judeocristiana y de mi constante cercanía a los textos bíblicos y a la vivencia de la espiritualidad de las Iglesias de Oriente y de Occidente. Precisamente por nutrirse de estas raíces, creo que recogen elementos universales en los que puede verse reflejado cualquier ser humano.

En un tiempo en el que muchos se apresuran a trazar escenarios de guerras de religión y de choques entre civilizaciones, he intentado «tender puentes» para un posible diálogo, para un

reconocimiento recíproco de lo que cada uno atesora en el corazón. En la presente edición, algunas «voces» nuevas atestiguan que el itinerario no está concluido, que el descubrimiento de lo que nos habita no es un círculo vicioso, sino un cruce convincente de conocimiento de sí mismo y de conocimiento del otro, de salvaguarda del pasado y de mirada abierta hacia el futuro, de búsqueda de un Dios que da sentido a la vida y de combate contra los falsos dioses que esclavizan al hombre.

Como cualquier otro diccionario, tampoco éste sustituye la esencia de la realidad que intenta delinear. De la misma manera que «conocer» algunas palabras no significa saber articular un lenguaje coherente y comprensible, definir la «vida interior» tampoco significa vivirla cotidianamente. Pero sin duda ayuda a hacerlo.

27 de enero de 2004, Día de la Memoria

## VIDA ESPIRITUAL

No hay vida cristiana sin vida espiritual. El mandato fundamental que la Iglesia debe cumplir en relación con sus fieles es el de introducirlos en una experiencia de Dios, en una vida de relación con Dios. Resulta imprescindible defender hoy estas verdades elementales, porque vivimos en un tiempo en que la vida eclesial, dominada por el ansia pastoral, ha puesto en primer lugar la idea de que la experiencia de fe corresponde al compromiso en el mundo; dejando en un segundo plano el acceso a una relación personal con Dios que ha de ser vivida en un contexto comunitario y que se basa en la escucha de la palabra de Dios contenida en las Escrituras, plasmada por la eucaristía y articulada en una vida de fe, de esperanza y de caridad. Esta reducción de la experiencia cristiana a simple moral es el camino más seguro para hacer vana la fe.

La fe, sin embargo, nos conduce a una *experiencia real de Dios*, es decir, nos sumerge en la vida espiritual, que es la vida guiada por el Espíritu santo. Quien cree en Dios debe realizar también una experiencia de Dios, pues no le basta con tener ideas claras sobre Él. La experiencia siempre tiene lugar en la fe, no en la visión («Caminamos por medio de la fe y todavía no por medio de la visión», 2 Cor 5, 7); se trata de algo que nos sorprende y se nos impone, llevándonos a repetir con Jacob: «El Señor está aquí y yo no lo sabía» (Gn 28, 16), o con el salmista: «Me rodeas por detrás y por delante... ¿A dónde huir le-



jos de tu presencia? Si subo al cielo, allí estás tú; si desciendo al abismo, allí te encuentro» (Sal 139, 5-7). Otras veces nuestra experiencia espiritual está marcada por el vacío, por el silencio de Dios, por una aridez que nos lleva a repetir las palabras de Job: «Voy hacia el oriente, y no está allí; al occidente, y no doy con él; lo busco en el norte, y no lo encuentro; en el sur, y no alcanzo a verlo» (Job 23, 8-9). Con todo, Dios también puede hablarnos a través del silencio de lo cotidiano. Él obra en nosotros a través de la vida y de lo que en ella experimentamos; también, por tanto, en las «crisis», en los momentos de oscuridad a que puede abocarnos la existencia.

La experiencia espiritual es ante todo experiencia de *ser precedidos*: es Dios quien nos va por delante, nos busca, nos llama, nos previene. Nosotros no inventamos al Dios con el que queremos entrar en relación. ¡Él está ya ahí! Y la experiencia de Dios requiere necesariamente la mediación de Cristo: «Nadie viene al Padre si no es por medio de mí», dice Jesús (Jn 14, 6). En este sentido, *la experiencia espiritual es también experiencia filial*. El Espíritu santo es la luz con que Dios nos precede y orienta nuestro camino hacia la santificación, camino que es seguimiento del Hijo. De este modo, la experiencia espiritual no es otra cosa que la respuesta de fe, esperanza y caridad al Dios Padre que en el bautismo dirige al hombre la palabra constitutiva: «¡Tú eres mi hijo!». Sí, hijos en el Hijo Jesucristo; tal es la promesa y tal el camino que ha abierto el bautismo. Ireneo de Lyon señala a este respecto que el Espíritu y el Hijo son como las dos manos con que Dios plasma nuestras existencias en vidas de libertad mediante la obediencia, en acontecimientos de relación y de comunión con Él mismo y con los otros.

Para que el camino espiritual sea auténtico, son esenciales algunos elementos. Ante todo, *la crisis de la imagen que te-*

*nemos de nosotros mismos*. Este es el doloroso y sin embargo necesario inicio de la conversión, el momento en que se fractura el «yo» no real sino ideal que nos hemos forjado y que pretendíamos alcanzar como realización obligada de nosotros mismos. Sin esta «crisis» no se accede a la verdadera vida según el Espíritu. Si no se da esta muerte a nosotros mismos, no se dará tampoco el renacimiento a la vida nueva que implica el bautismo (cf. Rm 6, 4). Por otra parte, son necesarias *la honestidad hacia la realidad y la fidelidad a la realidad*, es decir, la adhesión a la realidad, puesto que es *en* la historia y *en* lo cotidiano, *con* los otros y no *sin* los otros, donde tiene lugar nuestro conocimiento de Dios y donde crece nuestra relación con Él. En este punto nuestra vida espiritual puede armonizar la obediencia a Dios y la fidelidad a la tierra en una vida de fe, de esperanza y de caridad. En este punto podemos decir nuestro «sí» al Dios que nos llama con los dones y los límites que caracterizan nuestra condición de criaturas. Por tanto, se trata de sumergirse en un camino de fe que es seguimiento de Cristo para llegar a la experiencia de la inhabitación de Cristo en nosotros. El apóstol Pablo escribe así a los cristianos de Corinto: «Examinaos a vosotros mismos para ver si permanecéis en la fe. ¿Reconocéis en verdad que Jesucristo habita en vosotros?» (2 Cor 13, 5).

La vida espiritual se desarrolla en el «corazón», en lo íntimo del hombre, en la sede del querer y del decidir, en la interioridad. Es allí donde hay que reconocer la autenticidad de nuestro ser cristianos. En efecto, la vida cristiana no es «caminar más allá», siempre en busca de novedades, sino «caminar en profundidad», descender al corazón para descubrir quién es el Santo de los Santos de ese templo de Dios que es nuestro cuerpo. Se trata, sin duda, de «adorar al Señor en el corazón» (1 Pe 3, 15). Este es el lugar donde se realiza nuestra santifica-

ción, es decir, la acogida en nosotros de la vida divina trinitaria: «Si alguien me ama, guardará mi palabra, y mi Padre le amará y vendremos a él y haremos morada en él» (Jn 14, 23).

La finalidad de la vida espiritual consiste en hacernos partícipes de la vida divina, lo que los Padres de la Iglesia llamaban «divinización». Gregorio Nacianceno escribe: «En efecto, Dios se ha hecho hombre para que el hombre pueda convertirse en Dios». Y Máximo el Confesor sintetiza de manera sublime: «La divinización se realiza por el injerto en nosotros de la caridad divina hasta el perdón de los enemigos, como Cristo en la cruz. ¿Cuándo te conviertes en Dios? Cuando eres capaz de decir, como Cristo en la cruz: ‘Padre, perdónalos’; más aún: ‘Padre, por ellos entrego mi vida’». A esto nos arrastra la vida espiritual, es decir, la vida enraizada en la fe del Dios Padre creador, movida y orientada por el Espíritu santificador, injertada en el Hijo redentor que nos enseña a amar como él mismo nos amó. Precisamente con esto medimos nuestro crecimiento hasta alcanzar la estatura de Cristo.